

“El psicoanàlisis, todavía”

29 de septiembre de 2023

Inauguración del curso de Accep 2023-2024

Manuel Baldiz

Estuve dudando qué título poner a esta breve conferencia de apertura del curso.

Os digo algunos de los títulos que se me ocurrieron antes de optar por el definitivo.

Uno era “El psicoanálisis en peligro de extinción” (entre interrogantes o sin interrogantes), otro “Salvemos al psicoanálisis” y el tercero “La suerte de poder contar con el psicoanálisis”.

Los dos primeros me sonaban un poco demasiado trágicos, aunque bastante reales por desgracia.

El tercero, “La suerte de poder contar con el psicoanálisis”, se me ocurrió en una sesión de supervisión. El analista que me presentaba un caso de su práctica clínica en un dispositivo de la administración pública para la atención a personas drogadictas, al referirse a un paciente cuyo proceso analítico estaba funcionando bastante bien a pesar de las limitaciones institucionales y del claro rechazo al psicoanálisis manifestado por otros integrantes del equipo, dijo “este hombre ha tenido la suerte de encontrarse con el psicoanálisis”.

Fue modesto al no decir “la suerte de encontrarse conmigo” o “con un psicoanalista”, pero la idea estaba muy clara. Le dije que estaba totalmente de acuerdo con su comentario. Si ese sujeto no hubiese coincidido con él, lo más seguro es que habría recibido una respuesta a su solicitud de ayuda basada única y exclusivamente en la farmacología y desde un modelo teórico que lo reduce todo a la abstinencia, sin preguntarse para nada por las causas.

Es un ejemplo cualquiera pero muy significativo de lo que podríamos llamar la división entre los sujetos que tienen esa “suerte” y aquellos otros que, por diversas razones, no la tienen.

Finalmente opté por “El psicoanálisis, todavía”. Se me ocurrieron varias asociaciones, incluso una musical que os explicaré enseguida.

“Todavía” es una palabra esperanzadora. Podríamos decir “Todavía hay psicoanalistas y psicoanálisis. Menos mal...”

También el título podría ser “El psicoanálisis, a pesar de todo”, a pesar de todas las inclemencias y adversidades.

En francés “todavía” suele traducirse como “toujours”, pero vale la pena tener en cuenta que uno de los significados del término “encore”, además de significar “aún” y “de nuevo”, puede traducirse también como “todavía”.

Muchos sabéis que uno de los seminarios más importantes y fascinantes de Lacan, el seminario 20, lleva por título “Encore”. Encore tiene el mismo origen etimológico que el italiano “ancora” o el catalán “encara”.

Los que me conocéis sabéis de mi gusto por la música. En mi opinión (discutible, lógicamente) uno de los cantantes y compositores catalanes más interesantes de los últimos años (desde 1996 hasta la actualidad) es el solsonés Roger Mas. Roger Mas tiene una extraña canción que se llama “Canterbury”. Es una canción muy sencilla, sólo piano y voz, en la que explica que a los 16 años fue a esa localidad inglesa con la pretensión de aprender inglés, pero se encontró con una chica italiana y gracias al amor que surgió entre ambos acabó aprendiendo italiano. Una historia de contingencias, cruce de lenguas y amor. De hecho, esa chica italiana acabó, con el paso de los años, siendo su mujer y la madre de sus hijos. La letra, si la escucháis, es muy simple y está en inglés salvo una frase repetida a modo de estribillo que dice “Michela, ancora ti amo”

Ancora ti amo. Un amor que dura y perdura a lo largo de los años, como el nuestro por el psicoanálisis, aunque en algunos momentos pueda entrar en crisis.

Nuestro deseo de que el psicoanálisis siga estando presente en los consultorios y fuera de ellos, y de que siga avanzando y dialogando con los saberes de nuestra contemporaneidad, es un deseo que se juega entre el amor y el goce.

Así pues, el psicoanálisis, aún, todavía.

“Todavía” es una palabra que puede pronunciarse con una mezcla de interrogación, asombro y euforia. Algunos pueden preguntarnos ¿Todavía estáis con esto del psicoanálisis que nació hace ya 123 años?

Pues sí, todavía amamos al psicoanálisis y por eso seguimos al pie del cañón abriendo un nuevo curso de nuestra formación permanente y de nuestro Máster.

No voy a describir las circunstancias de nuestra contemporaneidad que hacen que la supervivencia del psicoanálisis sea cada vez más difícil. Ya hemos hablado de ello en numerosas ocasiones (sobre todo desde el inicio del nuevo milenio) haciendo una larga lista de los factores que influyen en un momento histórico cada vez más complicado para nuestro trabajo como analistas, aunque en realidad ese trabajo nunca ha sido fácil. El mismo Freud sugería que se trata de una tarea que tiene algo de lo imposible. Por eso continuamos en ella.

Hoy voy a tomar otro sesgo y me centraré en las críticas que nuestra praxis como analistas, y el modelo teórico que nos orienta, no paran de recibir. Y voy a tratar de compartir con vosotros el modo en que podemos continuar intentando, ¡todavía! desmontar o rebatir cada una de esas críticas. Es algo que escribí hace ya un tiempo, pero que lo he ido revisando y creo que conserva toda su vigencia. Me parece un asunto importante.

Las críticas que vamos a examinar y tratar de rebatir son críticas que aparecen no solamente desde aquellos que reniegan o incluso abominan de todo lo que suene a psicoterapéutico en general, sino que surgen incluso con cierta frecuencia en la boca y en la pluma de algunos representantes de las más diversas psicoterapias.

Las reduciré a siete, aunque se nos podrían ocurrir algunas más:

1-Primera crítica: que es demasiado caro.

La crítica al análisis en base al elevado dispendio económico que supone puede rebatirse desde varios puntos de vista.

Ante todo, y como bien decía Freud, hay que tener bien presente que mucho más cara es la enfermedad, la neurosis. El sufrimiento psíquico siempre tiene un coste enorme para la vida del sujeto, un coste a menudo incalculable.

Cada crítica al análisis suele corresponderse con un prejuicio respecto del mismo y/o con una idea equivocada acerca de su teoría y de su praxis. La crítica “económica” responde al prejuicio de que el análisis solamente puede efectuarse acudiendo varias

veces por semana a la consulta privada de un psicoanalista. Esa sería la “cura tipo”, según la expresión de Lacan no exenta de ironía, pero hay muchas variantes que pueden ser igualmente analíticas y eficaces. Es cierto que si la frecuencia de sesiones es mayor, el trabajo analítico puede ser más fluido y más rápido, pero eso no quiere decir en absoluto que trabajando una vez por semana no pueda hablarse de análisis en toda regla. Es semejante a lo que a veces se discute acerca de si puede haber análisis sin diván. Los puntos verdaderamente fundamentales son el trabajo analítico por parte del analizante, la escucha específica desde el deseo del analista y la transferencia que opera entre ambos, y todo ello no depende solamente –por fortuna- de cuestiones de la realidad como son el número de sesiones por semana o la utilización (o no) del artificio del diván.

Además, no todos los analistas cobramos lo mismo por sesión y un mismo analista no siempre cobra lo mismo a sus diversos pacientes.

La cura psicoanalítica, o al menos la posibilidad de ciertos efectos analíticos (aunque sean parciales) puede tener lugar también en una institución dependiente de la Administración pública (los llamados centros de salud mental) o en centros de asistencia privada con una cierta vocación social como por ejemplo nuestro Centro Asistencial de prácticas de ACCEP. Esa factibilidad, esa posibilidad real, tira por tierra la idea de que el análisis no está al alcance de todos los ciudadanos.

2- Segunda crítica: que es demasiado largo.

Que el análisis sea calificado de “largo” o no, dependerá -obviamente- de con qué lo comparemos. Si lo comparamos con ciertas terapias que –imbuidas por la cultura de la prisa y la inmediatez en la que estamos insertos- se jactan de resolver los síntomas del que consulta en un número muy corto de sesiones, sin lugar a dudas el análisis es (hablando en términos puramente relativos) más largo; pero ¿pueden compararse igualmente los efectos obtenidos? De ninguna manera. Para conseguir que el analizante haga no sólo un trabajo de desciframiento de su malestar sino también una adquisición de un saber consistente acerca de su deseo y de las coordenadas que han regido su vida hasta entonces, se requiere cierto tiempo, pero es un tiempo que vale realmente la pena.

Si, en el otro extremo, comparamos la duración media de un análisis (digamos de unos cuantos años) con todo el largo tiempo en el que se han ido fraguando los malestares del paciente, la crítica de la excesiva “largura” de la cura analítica se viene abajo.

Una variante de esta crítica prejuiciosa es aquella que sostiene que el análisis no se acaba nunca. Los que estéis interesados en la temática de los finales de análisis, podréis encontrar numerosos textos de autores del Campo Lacaniano sobre esta apasionante cuestión teórica y clínica. Ahora no puedo entrar a desarrollar en qué consiste un final de análisis desde la perspectiva lacaniana, pero sí podemos dejar bien claro que, tanto desde la experiencia clínica como desde la teoría, es posible acceder a un fin de análisis lógico y coherente que no sea una simple interrupción por la mejoría o la resolución de los malestares, o por agotamiento, o por otras razones contingentes. El dispositivo del “pase”, que es específico de las escuelas analíticas que se orientan en Lacan, es una experiencia abierta y de absoluta actualidad (aunque también es cierto que a veces no está a la altura de sus expectativas) en la que se siguen recogiendo testimonios alrededor de dicha cuestión.

3- Tercera crítica; Que no es científico ni evaluable.

Desde sus mismos inicios, se dice y se repite que el psicoanálisis no es científico ni evaluable, y con esa crítica se pretende descalificar por completo su valor clínico y teórico.

Se han vertido ríos de tinta sobre la articulación entre la ciencia y el psicoanálisis. Uno de los problemas fundamentales en dicha polémica inacabable es el modelo de ciencia al que se hace referencia. Es obvio que si se parte de una concepción reduccionista y de un marco epistemológico tomado de las ciencias exactas o del modelo de la ciencia experimental, el psicoanálisis no tiene fácil cabida. Pero aquí se imponen las matizaciones. Por ejemplo, de acuerdo a la misma lógica ¿la medicina es siempre científica? En absoluto, de ninguna manera. Es una praxis social muy compleja que, como máximo, se apoya en diversas disciplinas científicas (biología, bioquímica, fisiología) y en avances tecnológicos que se utilizan para mejorar los diagnósticos y los tratamientos. No todo lo que sucede en la consulta entre un enfermo y su médico puede ser leído e interpretado en base al modelo de las ciencias duras.

Volviendo al psicoanálisis, cuando se le critica su supuesta falta de relación con la ciencia, a menudo se lo quiere ubicar en el terreno pantanoso de las terapias más excéntricas y esotéricas, cuando a todas luces no es ese tampoco su lugar.

El psicoanálisis no es una disciplina científica en el sentido más estricto de la palabra, pero, a pesar de ello, no comparte en absoluto el manifiesto desdén por el rigor del pensamiento y por la formalización que aparece cada vez más en muchas técnicas terapéuticas actuales. La teoría y la praxis analíticas tienen relación con la ciencia (aunque sea una relación difícil) y tanto sus teóricos como sus practicantes esgrimen (esgrimimos) cierto grado de vocación de ciencia.

Está claro que el psicoanálisis nunca podrá ser ciencia al modo de las ciencias que niegan al sujeto para poder concentrarse en lo “objetivo”. Es un problema que compartimos con algunas de las llamadas “ciencias humanas”, pero con algunas especificidades propias dado que, en cierto modo, el psicoanálisis es una ciencia del sujeto, y –como decía Lacan- “no es sin ciencia”. Sería del todo punto impensable el psicoanálisis sin la existencia paralela de la ciencia moderna y de los desarrollos del pensamiento occidental a partir del cogito cartesiano.

La invitación del analista a que el analizante se abandone a la llamada “asociación libre” es, de hecho, una apuesta “científica” por la causa de los decires y los sufrimientos del sujeto. La paradoja de la asociación libre estriba en que su supuesta libertad está regida por reglas y leyes, aquellas particulares del inconsciente del analizante que el trabajo analítico permitirá desvelar, de una manera objetiva y subjetiva a la vez.

El tema de la evaluación es muy complejo. Se vincula en gran parte con la cuestión que mencionábamos de los modelos de ciencia. La dificultad está en tratar de evaluar la cura psicoanalítica utilizando unas nociones y unos criterios extraídos de otras disciplinas como el saber psiquiátrico predominante, cada vez más medicalizado, el de los Manuales tipo DSM-5 y otros semejantes. ¿Cómo evaluar lo que sucede en la intimidad de la consulta psicoanalítica basándose en conceptos tan ajenos?

No obstante, tampoco es cierto –como a veces se sostiene- que no existan tentativas de evaluación de los efectos de las curas psicoanalíticas. Las ha habido, y muchas (algunas vinculadas a la IPA) y las seguirá habiendo, porque –lo queramos o no- todo ello forma parte también de la lógica de nuestro tiempo, y no sólo de la presión del discurso de la ciencia.

4-Cuarta crítica: Que todo lo reduce a la sexualidad.

La crítica del supuesto pansexualismo del psicoanálisis era tal vez más habitual en otras épocas, pero todavía en ciertos contextos se esgrime con total ignorancia. Los que enuncian dicha acusación suelen confundir sexualidad con genitalidad. El concepto psicoanalítico de sexualidad no se confunde con lo genital. Justamente uno de los grandes descubrimientos de Freud fue el hecho de que las pulsiones están presentes en todos los actos de la vida cotidiana y no sólo en aquellos que habitualmente se tienden a pensar como directamente sexuales.

La pulsión es una fuerza constante en el límite entre lo psíquico y lo somático, muy diferente del instinto animal. No tiene un objeto predeterminado como sí lo tienen los instintos, y tampoco está sometida a ciclos como éstos. Los objetos de la pulsión son variados, pero responden en esencia a cuatro estructuras básicas, cada una con dialéctica especial: la oralidad, la analidad, lo escópico y lo invocante. A lo largo de un análisis suelen aparecer referencias a todas ellas, y a la relación del analizante con sus objetos respectivos: el pecho, el excremento, la mirada y la voz; aunque cada sujeto tiene unas modalidades de goce pulsional preferentes y propias.

Así pues, en contra del prejuicio que supone que en los análisis los psicoanalistas tratan de conducirlo todo a los asuntos de la cama, la amplitud de la libido humana y el polimorfismo de las pulsiones hacen que en los divanes se hable de otras muchas cosas. Lo que sí es indiscutible es que en todo análisis bien conducido, tarde o temprano, surgirá la pregunta acerca de la identidad sexual del analizante y de sus condiciones de goce. ¿Cómo ser hombre? ¿Cómo ser mujer? ¿Qué me hace gozar? son interrogantes ineludibles en el itinerario de una cura psicoanalítica.

5-Quinta crítica: Que lo intelectualiza todo demasiado y no tiene en cuenta las emociones y los sentimientos.

Por cierto, estamos cada vez más en la época de las emociones y los sentimientos, en muchas ocasiones con una idealización un tanto ingenua de los mismos.

A Lacan le molestaba especialmente esta crítica de la intelectualización. Descansa en ella una vez más un prejuicio dualista, en este caso el que separa de un modo drástico el intelecto del mundo de las emociones y los afectos. El lenguaje, las palabras, y eso tan

difuso que se caracteriza como “lo intelectual”, todo ello es indisociable de lo afectivo, lo sentimental, o incluso de eso más difuso aún que a veces se denomina “lo energético”.

Si -tal y como Lacan no paraba de recordarnos- nuestro mundo está construido por los significantes, estos, los significantes también construyen las emociones.

Las palabras no son un mero vehículo de transmisión o de información de lo afectivo-emocional: las palabras disparan, modifican, repercuten, e incluso “crean” los afectos y las emociones. Aunque en un análisis se trata solamente de hablar, los afectos y las emociones forman parte sustancial de lo que sucede en las sesiones analíticas. Puede haber momentos, o incluso periodos más o menos largos, en los que el analizante despliega sus defensas a base de esquivar los asuntos en los que realmente está más preocupado, y entonces el discurso en la asociación libre se convierte en un bla-bla-bla que no toca apenas los fundamentos del sujeto. Podría vincularse con lo que Lacan llamaba en una época la “palabra vacía”. Pero, más tarde o más temprano, si el analista interviene adecuadamente, surgirá otro tipo de decir, el de la “palabra plena”, que tendrá efectos directos sobre lo real del goce del analizante y sobre sus síntomas, incluso sobre su cuerpo. Por ello “afectará” también a sus emociones y sus sentimientos.

El psicoanálisis no es una hermenéutica más, aunque a veces algunos analistas parecen perderse en el proceloso universo de la sustitución infinita de unos significados por otros significados. El psicoanálisis opera con la asociación libre y con la interpretación. Tanto una como la otra están plenamente articuladas entre sí, y ambas tienen efectos sobre el cuerpo y sobre el pensamiento. La definición de praxis que proponía Lacan era muy simple: “una acción concertada por el hombre, sea cual fuere, que le da la posibilidad de tratar lo real mediante lo simbólico”. Es decir, un posible tratamiento desde lo simbólico sobre lo real. Así pues, el psicoanálisis “afecta”, remueve los afectos del sujeto, y aunque los que nos orientamos preferentemente a través de Lacan pongamos el acento en las palabras y en el lenguaje, los afectos están siempre presentes en una cura “lacaniana” desde su inicio mismo hasta su posible final.

6-Sexta crítica: Que lo remite todo al pasado.

Suele afirmarse que el pasado no se puede cambiar. “El pasado, pasado está”, se dice con displicencia, y son muchos los que creen que no vale la pena ocuparse del mismo.

Una crítica muy extendida al psicoanálisis desde diversas orientaciones psicoterapéuticas es aquella que ridiculiza la cura analítica a base de afirmar que se ocupa demasiado del pasado y se olvida del presente, como una especie de arqueología erudita pero con efectos muy poco prácticos.

Jean- Paul Sartre dijo en una ocasión algo así como: más importante que lo que hicieron de nosotros es lo que nosotros hacemos con eso que hicieron de nosotros. La idea es muy interesante, sin lugar a dudas. Apela a una actitud activa en la que cada uno puede intentar sacar el máximo partido de las cartas que le han tocado en el momento del reparto de la vida, sin quedarse pasivamente atrapado en la queja de su mala suerte. Pero, de todas formas, para poder hacer algo con aquello que nuestros antecesores hicieron con nosotros (o “de” nosotros) resulta extraordinariamente útil saber qué es eso que nos hicieron. Una vez más el saber no ocupa lugar, o si lo ocupa es un modo de ocupación operativa que puede ayudarnos justamente a cambiar de lugar subjetivo, a salirnos de una posición existencial predeterminada por nuestros ancestros.

Mientras los viajes en el tiempo sigan siendo una mera ficción literaria o cinematográfica, no podremos retroceder al pasado para tratar de modificar aquellas cuestiones de nuestra prehistoria o de nuestra historia que nos gustaría modificar. Y probablemente es mejor que esa posibilidad, no del todo admitida por la ciencia, siga siendo una mera quimera fantásica. Muchas de las narraciones que juegan con las paradojas temporales que se suscitarían en hipotéticos viajes al pasado parecen querer alertarnos de los espantosos enredos que se ocasionarían.

Es preferible viajar al pasado de otra manera, menos espectacular sin duda pero mucho más realista y efectiva: evocando el pasado, tratando de reconstruirlo, de entenderlo, y de reformularlo si es preciso. Ese es uno de los ejes fundamentales del psicoanálisis, aunque a menudo se ha desvirtuado por completo. Es necesario aclarar qué queremos decir en psicoanálisis cuando hablamos de pasado. Es totalmente cierto que hay cosas de nuestro pasado que están perdidas para siempre, y que por mucho que quisiésemos reconstruirlas no tendríamos más remedio que aceptar los límites de una tarea semejante. En ese sentido hay pacientes que al empezar a recordar su biografía preguntan al analista si vale la pena que interroguen a sus familiares (padres, abuelos, tíos, hermanos) con la intención de que les ayuden a reconstruir sus lagunas de memoria así como a poder resolver la duda de si son ciertos (o no) determinados recuerdos que el

paciente sospecha que tal vez no ocurrieron de la manera como cree que sucedieron. No es necesario en absoluto. El pasado que interesa al psicoanálisis no es el de la exactitud histórica. Si el paciente se dedicase a recabar información por parte de los familiares se daría cuenta de que, al margen de ciertos datos más o menos objetivos e indiscutibles, cada uno de sus informantes le proporcionaría una versión diferente de los hechos. Cada uno le hablaría desde su propia vivencia personal, incluso inconsciente (desde su fantasma) de los hechos supuestamente acaecidos en una realidad siempre polimorfa y esquiva.

Por ejemplo, un paciente que tiene el recuerdo persistente de su madre malhumorada y despótica puede quedarse muy sorprendido al constatar que una de sus hermanas no la recuerda casi nunca enfadada y guarda, por el contrario, una vivencia agradable de una madre bastante ausente pero no demasiado autoritaria.

El pasado se reactualiza en cada momento. El psicoanálisis no se ocupa del pasado, como esas críticas ingenuas sostienen. Se ocupa de la manera en qué ciertos hechos, ciertos dichos y ciertas personas de nuestra historia se están reactualizando sin cesar y están organizando inconscientemente nuestro presente y condicionando nuestro futuro.

7-Última crítica: Que no sirve realmente para las verdaderas enfermedades mentales sino solamente para algunos problemas de la vida.

Los detractores más furibundos del análisis dicen que no sirve absolutamente para nada. Entre ellos sobresalen aquellos que no se han preocupado de leer una sola página de Freud o de Lacan antes de criticarlos y ni se preguntan cómo es posible que muchos médicos y psicólogos de todo el mundo sigan formándose como analistas y ejerciendo una profesión que a veces resulta tan vilipendiada. Por regla general sus exabruptos contra el análisis son tan zafios y tan faltos de consistencia que no hacen demasiado daño frente a la constatación cotidiana de todos aquellos que se benefician de su ética y su clínica. Pero hay otros, aparentemente no tan radicales, que esgrimen una crítica realmente venenosa aunque de apariencia menos extrema. Suele enunciarse así: el psicoanálisis no sirve para las verdaderas enfermedades mentales y solamente es útil en algunos “problemas de la vida” sin excesiva importancia clínica, como desorientaciones sentimentales, crisis afectivas, momentos biográficos de impasse, etc...

Es una crítica bastante extendida en ciertos medios que se basa en el prejuicio de que existe una diferencia absoluta entre los enfermos mentales y el resto de la población. Desde el psicoanálisis sabemos que las cosas no son tan simples. Uno de los grandes méritos del análisis ha sido justamente el cuestionar el concepto mismo de lo sano y lo patológico. La mente en sí misma es de algún modo una enfermedad para todo individuo, un epifenómeno que surge del entrecruzamiento entre el cuerpo gozante y el lenguaje articulado.

Algunos de los que enuncian esa crítica (una gran parte de los psiquiatras de orientación básicamente biológica, por ejemplo) lo que pretenden en realidad es preservar lo que ellos consideran su campo específico de trabajo. Entre ellos abundan también los supuestos expertos o especialistas en determinadas patologías, ya sean adicciones, trastornos de la alimentación, ataques de pánico, y muchas otras, que pretenden tener la exclusiva de aquel campo clínico en el que se han especializado y actúan como si el programa terapéutico que proponen específicamente para un determinado cuadro clínico fuese la única y la última verdad científica sobre el mismo. Suelen ser programas terapéuticos que no tienen en cuenta la particularidad de cada caso y borran las diferencias propias de cada sujeto.

Si bien es cierto que la cura psicoanalítica nació y se consolidó como un tratamiento de sujetos afectos de neurosis (histerias y neurosis obsesivas, fundamentalmente) en el siglo y pico de vida que ya tiene el psicoanálisis, sus técnicas y sus investigaciones se han ido adaptando y abriendo a todo tipo de trastornos, incluyendo los más graves y también los llamados “nuevos síntomas” y/o las llamadas patologías del acto como anorexias, bulimias, toxicomanías, supuestas adicciones sin sustancia como las ludopatías u otras, e incluso las transexualidades tan de actualidad.

Por ejemplo, ¿cura el psicoanálisis una psicosis (una esquizofrenia o una paranoia)? Evidentemente no, porque la psicosis es una estructura psíquica y nadie se cura de su estructura. Seamos sinceros, tampoco la psiquiatría cura las psicosis, sino algunos de los síntomas derivados de la misma. Pero el psicoanálisis ayuda cotidianamente a los psicóticos, tanto en las instituciones de salud mental en las que trabajan analistas como en algunas consultas particulares, y lo hace de una manera respetuosa con el discurso de los mismos, no precipitándose de entrada en hacer desaparecer las ideas delirantes, al menos no en todos los casos.

ACCEP

ASSOCIACIÓ CATALANA PER A LA CLÍNICA
I L'ENSENYAMENT DE LA PSICOANÀLISI

Se trata de ayudar y acompañar al sujeto a encontrar el modo más favorable de estabilizarse y de construir su propio lugar en el mundo, así como de que pueda ser más consciente de cuáles son las circunstancias que lo ponen en peligro. En términos de la clínica de los nudos podríamos añadir: ayudarle a encontrar un nuevo anudamiento de los tres registros, lo real, lo imaginario y lo simbólico.

Manuel Baldiz